

MONSEÑOR JOSÉ ANTONIO DAMMERT BELLIDO

Para empezar estas palabras de homenaje a Monseñor José Antonio Dammert Bellido ante su partida a la Casa del Padre, quisiera citar una frase que los labios y el corazón del querido padre Dammert repitieron numerosas veces a lo largo de su vida: la antífona del rito tridentino de la Santa Misa "*Entraré al altar del Señor, de Dios que alegra mi juventud*". La vida de monseñor Dammert, de la cual pasaré a destacar su vinculación estrecha con los claustros de la Pontificia Universidad Católica del Perú, estuvo marcada de manera singular por los atributos de la juventud: el ansia de cercanía con Dios, la veracidad, la adhesión a un ideal de vida, el entusiasmo, la generosidad y el amor por la espontaneidad, desprendida de formalismo. Y la juventud también es intrínsecamente amiga del conocimiento y sedienta de experiencia y sabiduría. En esta juventud esencial de monseñor Dammert se encuentra la razón de que su persona sea ejemplar y querida para los miembros de nuestra comunidad universitaria. Monseñor Dammert nos enseña cómo ser jóvenes a través de las etapas de la vida y como insuflar carácter juvenil a la vida universitaria. En esa su profunda influencia en la historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú se fijará esta semblanza.

En 1917 nacieron en Lima la Universidad Católica y José Antonio Dammert Bellido. Veintidós años después, en 1939, sus destinos se cruzaron cuando el joven Dammert, recientemente graduado como Doctor en Jurisprudencia Civil por la Universidad de Pavía en Italia, fue invitado por el doctor Javier Correa Elías a incorporarse a la también joven institución católica como ayudante de la Secretaría General. La primera tarea que se le asignó fue la confección del horario de las facultades. El fundador y primer rector de la Universidad, padre Jorge Dintilhac, se apresuró a destinar los talentos del doctor Dammert al cargo de Subsecretario General.

En el trabajo cotidiano, José Dammert se identificó con la evolución de nuestra casa de estudios y conoció de cerca los afanes y las aspiraciones de la aún pequeña comunidad universitaria, encabezada por el padre Dintilhac. Así, el joven doctor Dammert iba, sin saberlo, consolidando su carácter de vínculo viviente entre la generación que conoció a los fundadores de nuestra institución y las promociones del cambio de milenio.

En marzo de 1941 José Dammert ingresó en el Seminario de Santo Toribio. En 1946, fue ordenado sacerdote; el joven laico Dammert se había convertido en el padre Dammert, y la Universidad Católica se había convertido en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Las vidas de la persona y de la institución habían sido llamadas a compromisos más especiales y elevados con el Evangelio y la Iglesia. Pero los vínculos de José Dammert con nuestros claustros no se habían debilitado. En 1943, el doctor Víctor Andrés Belaúnde, por entonces decano de la Facultad de Derecho, obtuvo un permiso especial del Arzobispo de Lima, monseñor Pedro Pascual Farfán, para que el doctor Dammert fuera reincorporado a la cátedra de Derecho Romano. De nuevo en la docencia universitaria, fue miembro del Consejo Directivo de la Facultad de Derecho. Posteriormente, el padre Dammert dictó el curso de Derecho Canónico y Público Eclesiástico en esta última unidad académica, y el curso Historia de la Iglesia en la Edad Media en la sección doctoral de la antigua Facultad de Letras.

La ordenación del padre Dammert fue motivo de un conmovedor y significativo suceso, cuando el padre Dintilhac recibió de rodillas la bendición del novel presbítero. El padre Dammert trabajó como pocos en la cercanía del fundador de nuestra casa de estudios y siempre se sintió cercano a su visión de la misión y destino de la Universidad Católica. Más tarde, el padre Dammert se mostró siempre sensible a hacer realidad la continuidad del legado espiritual del padre Dintilhac en nuestra institución.

José Dammert fue destinado a colaborar en la Cancillería Arzobispal de Lima, pero poco tiempo después, en 1947, fue nombrado Secretario General de la Universidad. Ese mismo año, en abril, falleció el padre Dintilhac. Bajo el rectorado del padre Rubén Vargas Ugarte, S.J., el secretario general Dammert perpetuó la costumbre del fundador de la Universidad de acercarse a conversar con los alumnos en los patios. Es de destacar, además, las cordiales relaciones que mantuvo, durante el ejercicio de su secretariado, con la Federación de Estudiantes.

En esta apertura espontánea y sin pretensiones ni paternalismos hacia los jóvenes manifestaba el padre Dammert su concepción de la relación entre la institución y la comunidad universitaria, como un vínculo esencialmente personal, atento a las necesidades de los alumnos. Y a la vez su función administrativa y académica era otra cara de su profunda misión de hacer presente a Cristo en el mundo. A este respecto, el recordado padre Gerardo Alarco afirmaba que: *“Durante los largos años que fue secretario general de la Universidad el presbítero José Antonio Dammert, su oficina (. . .) fue el centro de reunión acogedor al que concurrían muchos alumnos (. . .) Yo no dejaba de ir alguna vez y conversaba con el secretario general y rodeado de otros estudiantes en el ambiente cordial y reflexivo que sabía crear en torno suyo”* (1).

En 1952, el padre Dammert fue nombrado Vice-Rector de la Universidad, conservando su cargo de Secretario General. En 1958 dejó la Secretaría General; poco después fue nombrado obispo auxiliar de Lima, y tuvo que dejar su cargo de Vice-Rector y de miembro del antiguo Consejo Superior. Esta elevación a la plenitud del Sacramento del Orden también estuvo signada por su vinculación con la Universidad, pues la ceremonia de consagración episcopal contó con la presencia de nuestros alumnos, quienes obsequiaron un báculo al nuevo obispo Dammert.

El recién iniciado camino episcopal de monseñor Dammert pronto lo llevó, en 1962, a ocupar la sede de Cajamarca. Pero incluso entonces surgió otra ocasión de vincularse con los destinos de la Universidad Católica, pues en ese mismo año pasó a ser miembro de nuestro antiguo Consejo de Gobierno, en el que permaneció hasta 1969.

En este punto de intervalo en los contactos del obispo Dammert con la Universidad, conviene recordar que, aparte de su dinamismo en la administración y la cátedra académica, siempre se mostró fecundo en su producción intelectual. Prueba de ello son sus artículos sobre Derecho Canónico publicados en la revista *Derecho* de nuestra Universidad. Durante su largo obispado en Cajamarca florecieron en él, a la par de sus intereses pastorales, talentos propios de asiduo peruanista. A él se deben valiosos estudios, tales como *Cajamarca durante la Guerra del Pacífico*, *Dios cajacho : tradición oral cajamarquina* y *El clero diocesano en el Perú del siglo XVI*. Pero monseñor Dammert también fijó su atención en los problemas más hondos del Perú, enraizados en su devenir, necesitados de caminos de redención y de reconciliación. De su enorme producción de textos pastorales podemos destacar sus títulos *Quinientos años: memoria y prospectiva* y *La reconciliación nacional como fruto de la paz y la justicia*.

La misión episcopal de monseñor Dammert, a partir de los años sesenta, lo llevó a tomar parte activa en la vida de la Iglesia, a través de su participación en el trascendental Concilio Ecuménico Vaticano II y de su presencia como delegado del Perú ante el CELAM y ante la Conferencia Episcopal de Medellín en 1968, por citar solamente algunos de los importantes encuentros eclesiásticos en los que estuvo presente. Su dedicación a la problemática de la Iglesia le valió ocupar el alto cargo de Presidente de la Conferencia Episcopal Peruana, precisamente en el período en que la violencia terrorista en nuestra patria se mostraba más amenazadora y trágica.

Aquí se manifestó otra dimensión indispensable en la personalidad de monseñor Dammert: su vocación profética, de denuncia de las injusticias y de servicio firme a la Verdad del Evangelio en sus dimensiones personal y social para una sociedad en grave crisis moral.

Volvamos a la semblanza de su presencia en nuestra casa de estudios: en 1977, monseñor Dammert fue elegido miembro de la Asamblea Universitaria como representante de la Conferencia Episcopal Peruana. En 1984, también en representación de la Conferencia Episcopal fue integrante de la Asamblea Estatutaria. Varios profesores de la universidad, que aún trabajamos en ella, fuimos testigos de su intensa participación en defensa de la autonomía de nuestra Casa de Estudios, en la forma como siempre la hemos entendido: respetuosa de nuestra fe católica y de la libertad y creatividad inherentes al espíritu universitario.

En 1992, fue nombrado Obispo Emérito de Cajamarca, y en 1997, nuestra casa de estudios reconoció la generosa entrega de monseñor Dammert al progreso de la Universidad nombrándolo Profesor Emérito del Departamento Académico de Derecho. Había llegado el momento de recoger los frutos de la larga siembra. En esta última etapa, monseñor Dammert siempre se mantuvo alerta a la manifestación de propuestas sobre el rol de las universidades católicas en el mundo contemporáneo y en la continuación de la trayectoria histórica de nuestra casa de estudios.

Es necesario destacar que monseñor Dammert continuó siempre con sus gestos de cercanía directa con los estudiantes, sirviendo, como dijimos anteriormente, de nexo vivo entre los fundadores de la Universidad y las generaciones del fin del milenio. Entendía que lo más valioso de su servicio a nuestra institución se hacía realidad allí, en ese diálogo informal y cordial con los jóvenes. Él mismo era fuente de aliento juvenil para los que lo conocieron.

Para terminar, quisiera recordar el pasaje del Evangelio según san Lucas que se recita al fin de la jornada cotidiana en la hora de Completas: *“Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos”*. Monseñor Dammert, usted no solamente ha visto, y de manera continua, al Salvador, sino que, con su generosa entrega al quehacer universitario y su afectuoso trato hacia los demás miembros de nuestra comunidad universitaria que tuvimos la dicha de conocerlo, nos ha mostrado también al Redentor, desde la cátedra pastoral y académica, y ha sido para nosotros otro Cristo, risueño y amable, portador luminoso de la Verdad.

Padre Dammert, nos reunimos aquí para presentar al Señor nuestras oraciones por usted y nuestra gratitud por el espléndido don que con su vida quiso Dios obsequiar a nuestra institución. El recuerdo de sus oraciones por la Universidad y la certeza de que sus amplios méritos son gratos al Altísimo, nos mueven a pedirle, como cuando le pedíamos un acto de bendición o la celebración de una Eucaristía, que ruegue por nosotros y por nuestra Universidad.

NOTAS:

(1) Dammert Bellido, José, *“Mi vinculación con la Universidad Católica”*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1997, pag. 12. Cuadernos del Archivo de la Universidad

Setiembre 2008